

sencillo, tan real y mágico al mismo tiempo como el pesebre y la estrella que guiaba a los reyes de la ofrenda. Aquí el profeta tiembla y señala el camino del infierno. Sus personajes cabalgan animales monstruosos y se columpian en las columnas y cortinajes del carro alegórico. El Bosco, Calderón de la Barca, las danzas de la muerte de la Edad Media y algunos elementos de la imaginería del nuevo infierno, laten detrás de esta aguafuerte goyesca y esperpéntica. Al bufón se le llamaba loco (el «fool» de la tradición inglesa) o tonto y, amparado por este extraño salvoconducto, pasaba todas las aduanas y enunciaba todas las verdades. León Felipe juega con estos conceptos y une las tradiciones anglosajonas y españolas en el centro del escenario:

«El rey Lear es un gran loco inglés. Inglés, en verdad. Pero si nosotros no somos ingleses augustos para comprenderle, somos, en cambio, locos egregios y podemos seguirle y empujarle hasta un lugar que conocemos muy bien, donde la locura se equilibra y diviniza.»

Hablaba León de ese lugar de La Mancha que Cervantes no quería recordar.

«Nuestra Biblia es el sencillo itinerario de un loco vagabundo y genial... De locura sabemos más que nadie...»

El bufón, el profeta, el poeta, son personajes de este escenario en el que la locura desgarró sus ropas y se muestra desnuda y espantosamente casta. León Felipe aseguraba que, al igual que Cervantes y Galdós, sus personajes eran más fuertes que él y, en un acto de pura libertad, se apoderaban de la escena, para señalar al autor, en un tono pirandelliano, el desarrollo de la trama. En este juego, los límites entre la locura y la cordura son imprecisos. Se está en el reino del delirio místico, los derviches giran incansablemente, las religiones orientales se cierran en sí mismas y sólo el poeta, sólo el bufón, sólo el profeta pueden describir los contenidos de la ceremonia.

León Felipe hizo una serie de observaciones que, reunidas, constituyen el meollo de su poética. En torno a la idea del «poeta prometeico» elaboró su programa para la poesía:

«El poeta no es aquel que juega habilidosamente con las pequeñas metáforas verbales, sino aquel a quien su genio prometeico despierto lo lleva a originar las grandes metáforas sociales, humanas, históricas, siderales...»

Es curioso que yo esté tratando este tema. Mi idea de la poesía está diametralmente alejada de lo expuesto por León Felipe. Tal vez este desacuerdo, esta condición de antípoda, me capacite para entender y respetar aquello que no comparto, pero admiro y comprendo. Otro es mi tiempo y otras mis circunstancias personales. Espero que el distanciamiento haga más sólido mi entusiasmo por una obra tan admirable a pesar de que no coincida con sus ideas estéticas.

Sigamos con la poética de León Felipe:

«Antes denuncia nuestras miserias al poeta que el moralista.»

Su preocupación social lo obliga a elevar la idea de lo prometeico:

«El poeta prometeico no es un orador de mitin. Y no es urgente, no es necesario todavía extenderle un carné. Nadie debe decir: este poeta es marxista, porque entonces la poesía perdería elevación. El poeta prometeico está con vosotros, ¿qué más queréis? Vuestra pequeña revolución económica y social de hoy cae, se defiende y se prolonga bajo la curva infinita de su vuelo...»

León se hermana con Pound, Whitman, Neruda, Maiakovsky, Drumond de Andrade, participa solidariamente en un proceso revolucionario, lucha con sus armas sin esperar nada a cambio. Su obsesión es el encuentro de la luz, de la armonía en la relación, de la hermandad. Para lograr sus propósitos se convierte en el payaso de las bofetadas, el blasfemo, el violinista roto. Se desgañita, denuncia, clama en el desierto, amenaza, se desespera y pugna por encontrar otra voz que responda a la suya. Todo debe cumplirse en el diálogo. La voz debe encontrar la respuesta en otra voz. Más tarde, se llegará al coro, ambición de todos los profetas que en el mundo han sido.

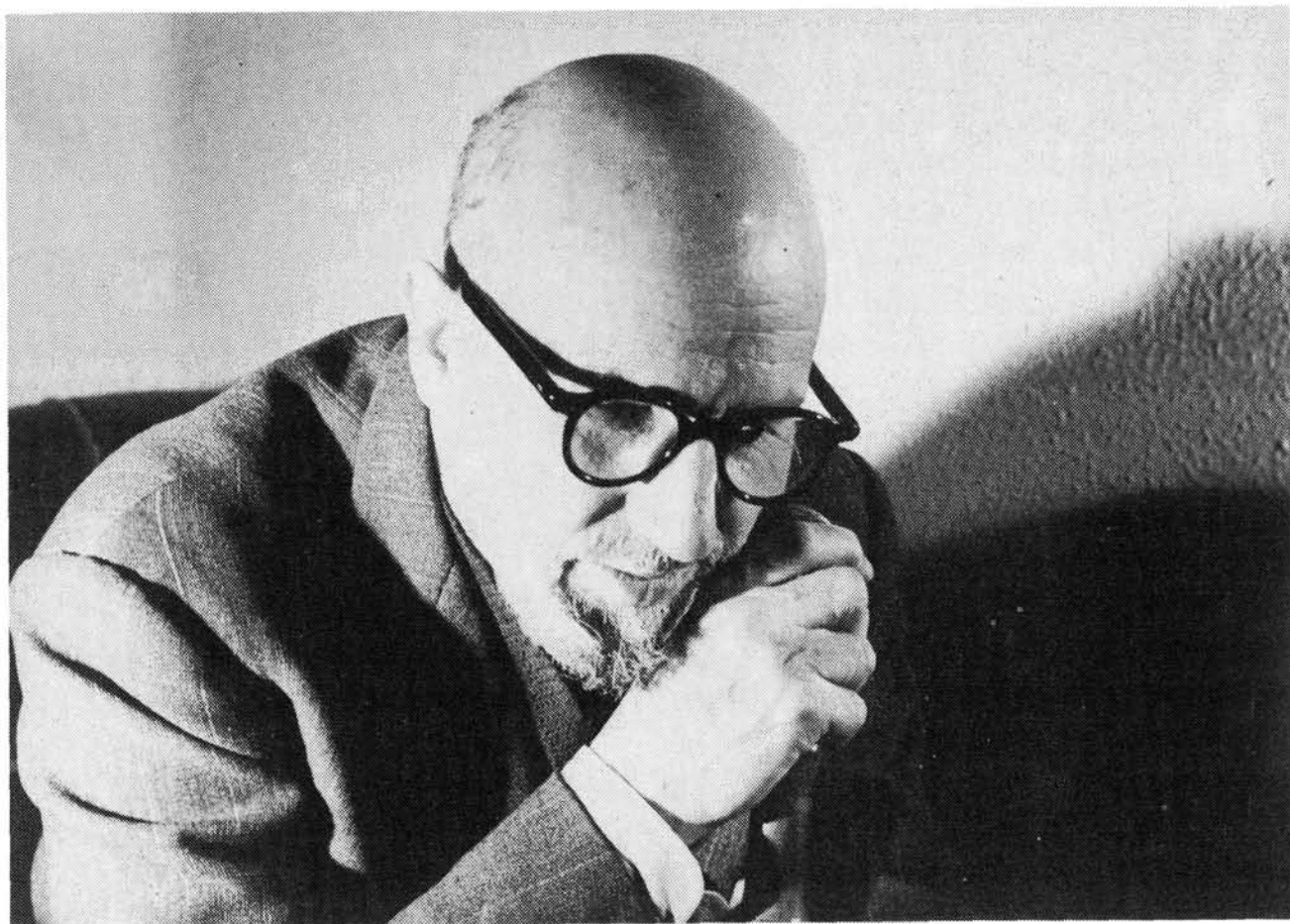
Sin embargo, hay un momento en la vida y en la obra de León Felipe en el cual le resulta imposible mantener su estremecedor, sincero, genuino tono mayor. El profeta se detiene y refugia sus dudas con el tono del autosarcasmo. Esta es la única vez en que utiliza, hasta sus últimas consecuencias, el autoescarnio, no sólo para suspender los juicios, sino, también, para cuestionar las razones de su quehacer:

*«Yo no soy nadie.
Un hombre con un grito de estopa en la garganta
y una gota de asfalto en la retina;
un ciego que no sabe cantar,
un vagabundo sin oficio y sin gremio,
una mezcla extraña de viento y de sonámbulo
un profeta irrisible que no acierta jamás.
Reíos de mi.
Reíos todos de mí con el viento.
Reíos, españoles... reíos.»*

Aquí el poeta habla de su estado (conviene que todos, de la mano de Quevedo, nos detengamos, de cuando en cuando, a «contemplar nuestro estado») y pide que en esta tarea lo acompañe la risa de los demás. Se considera «una torpe réplica, el doble de un poeta grotesco, del gran clown de la Biblia, del profeta que no acierta jamás...» En este momento, sabe burlarse de su estado. Se siente un William Blake contrahecho, un Goya sin fuerza, un profeta vejado, una mala réplica de Shakespeare y pide risa, no compasión. Nunca compasión. Pero el también se ríe. Nunca como ahora León había sido tan juglar (su poesía es, como afirma Rius, «fundamentalmente oral»), tan bufón. Es el payaso de Andreiev, el que recibe las bofetadas, el que provoca risa y sabe reírse de sí mismo, el que burla y es burlado.

«¡Qué alegría ver que a mi también el viento me regala una calabaza mordida por un gusano implacable, como símbolo de mi vanidad!»

Creo que ahora estarán de acuerdo conmigo; León fue un poeta desconcertante.



León Felipe, en México, el final de su vida.

Hoy por hoy, el desconcierto va cediendo el campo a la admiración, al afecto que produce ese ser humano, demasiado humano...

Quisiera, por último, caminar un poco por el espíritu fraternal de León Felipe. Le estoy viendo en la tertulia del café: la boina, el traje negro, los gruesos zapatones, el bastón nudoso, la capa cuidadosamente descuidada, el noble rostro, las gafas penetrantes, las manos, centro de su sensibilidad, medios insignes para subrayar y hacer cordial la comunicación. El habla fácil y el oído atento. Lo veo en todos los teatros de México, recorriendo camerinos, paseando pensativo por los escenarios después de la función. Y ahora lo veo sentado en un prado del bosque de Chapultepec, frente a la Casa del Lago. Su estatua es visitada por pájaros y niños que se le sientan en el regazo y le jalan las barbas de bronce. Los domingos por la tarde, su estatua queda llena de hilos de algodón azucarado, de miguitas y envolturas de caramelos. A su lado, crece el olivo zamorano que plantamos en 1972. Ya le da una sombra verde pálida, sutil, suavizada por el aire finísimo del bosque sitiado por los automóviles.

Amaba a sus amigos y, a veces, así lo demostró en algunos poemas:

*«José Moreno Villa, querido amigo,
te debo una elegía...»*

Quiero terminar hablando de su exilio y de su visión de una España lejana y siempre presente:

*«Que ya no quiero más que esto:
Volver a las primeras sombras de mi cueva materna,
al pozo profundo de mi huerto familiar
cuyas aguas antiguas tienen las mismas sustancias que mi sangre...»*

A León le preocupaba el regreso. Sin embargo, debo decir que fue un refugiado ejemplar. Como pasó la vida de viaje en viaje, hacía suyos los lugares por los que pasaba. Nunca estuvo solo. Lo acompañaba el que había sido y se le mezclaban en la memoria los paisajes de Zamora, Santander, Pastrana, Salamanca, Madrid, Panamá, Guinea, México, América, Europa, Africa. Fue un ciudadano del mundo que llevaba dentro la almendra de la infancia. Siempre persiguió los ojos con los que vio por primera vez la luz del mundo, los oídos con los que escuchó el sonido del primer viento entre los chopos, la lengua con la que probó el sabor de los primeros dulces.

Su visión de España, a pesar de las lágrimas que la velaban, fue lúcida y, con frecuencia, tenía la precisión de un programa bien meditado, soñado en las noches del éxodo.

No tenía una casa solariega, ni una capa ni una espada, ni el retrato de un abuelo que ganara una batalla, pero este español desgañitado y tímido, desorbitado e íntimo, dejó el testimonio de su voz y ésta es una herencia óptima. En ella bailan los seres indefinibles de El Bosco, los caprichos de Goya, las visiones de Blake, los mendigos, pícaros, bufones, locos, hidalgos, pobretones, sabios burlones, santos, quijotes, sanchos, reyes y pillos shakesperianos. Todos, todo lo que es nuestro patrimonio de risa y llanto. León, con ellos, sale del escenario, lleva de la mano a su niño de Vallecas, sale a la calle y su ronda se prolonga por las noches y los días de esta tierra, nuestra única y maltratada herencia.

HUGO GUTIÉRREZ VEGA
3770 - 39th. Street, N. W.
WASHINGTON, D. C. 20009.
USA.